

La Dama y el anillo.

Juan Francisco González Cebada

Image not found.

Capítulo 1

Un buen día, iba yo paseando con mi abuelo por el monte. Mucho me gustaba a mí pasear por las tardes con mi abuelo. Para llegar al monte, primero había que atravesar un sinuoso sendero; el cual seguía el curso del río y a cuyas márgenes se situaban verdes prados, salpicados de flores aromáticas. De repente, al pasar al lado del antiguo amarradero de un bote, mi abuelo se detuvo y sentándose sobre un banco de piedra, que junto allí se hallaba, me dijo que me pusiera a su lado.

- Descansemos.- me dijo.

-¿Me cuentas una historia, abuelo?- pregunté.

-Claro que sí. Verás. Justo aquí donde nos hallamos sentados, hace muchos años, antes de la llegada del Imperio y sus águilas bicéfalas y antes de que llegara la modernidad y el gran bullicio a nuestras vidas, hubo una aldea de pescadores y mercaderes, que por un tiempo estuvo hermanada con la nuestra. Esta aldea llegó a desaparecer más tarde y hay quien dice que todo ello se debió a una maldición que cayó sobre ella.

-

-¿Una maldición?- pregunté asombrado.

-Sí.-

Y prosiguió:

- Había dos jóvenes de cada aldea. Ella era la hija de un mercader, que aquí vivía; mientras que él era un hijodalgo que vivía en nuestra aldea. Parecían estar destinados el uno para el otro. Desde que eran niños jugaban juntos, reían juntos. Brincaban por los prados riendo y cantando, perdiéndose en sus juegos infantiles. Crecieron y se convirtieron en amantes. Toda la aldea les veía ya como futuros esposos.-

Yo escuchaba sin decir palabra.

-Un día en que se celebraba la Feria en nuestra aldea, apareció una extraña joven, quien venía tirando de un carro de mano y en el cuál traía un montón de bultos que, en un primer vistazo, parecían ser sedas, telas y pieles. También se veían frascos y botellas colgando por doquier, las cuales parecían ser remedios y ungüentos de algún tipo y perfumes o afeites.

- Mucho me place a mí la Feria, abuelo. Ayer estuve con padre y vi un montón de dulces. -respondí, por decir algo; aunque arrepentido, pues

quería que mi abuelo siguiera con el cuento.

- Todas las miradas se dirigieron hacia ella, por ver quién era aquella joven y qué había venido a hacer aquí. Especialmente los hombres se le quedaron mirando, pues aquella joven sucia y vestida con algo que casi eran harapos, parecía desprender un extraño candor y belleza, los cuales nadie podría explicar.-

Aquí, mi abuelo se interrumpió un instante en el cuál creí percibir un leve suspiro que se escapaba a través de sus ajados labios.

Y habló así:

-Era una joven no muy alta, aunque delgada. Sus cabellos los tenía recogidos y atados con un pañuelo, mas habían de ser largos, pues por debajo, se le escapaban unos bellos mechones negros ondulados. Su tez era pálida, de una blancura no enfermiza, sino delicada. Y estaba salpicada por el barro del camino en ambas mejillas. Parecía una paloma. Los ojos eran de un color azul muy intenso, vivos, fulgurantes. Las pestañas, largas. La nariz recta y bien proporcionada. Y la boca era perfecta, con unos carnosos labios del color de las rosas. Qué tenía aquella boca y qué armoniosos sonidos y sabores podrían salir de ella.-

Volvió a interrumpirse y esta vez sí que lanzó un largo suspiro a la vez que me decía que nos moviéramos y caminásemos un trecho.

Anduvimos un rato harto largo, pues yo iba impaciente por saber más de aquella moza con una beldad tan soberana y de la aldea de pescadores y los amantes. No entendía nada. Mas mi abuelo, caminaba pensativo y no decía palabra alguna. Hasta que, finalmente, mientras subíamos un repecho que se iba haciendo cada vez más empinado para entrar al monte, mi abuelo se detuvo ante unos robles enormes y viejos.

Al fin, prosiguió:

- Aquella joven extraña y bella se encaminó a la plaza de nuestra aldea con determinación. Llegó allí y se detuvo al lado de la fuente, pues el sitio estaba libre. Entonces, asentando allí su carro, pareció erguirse como para aliviar la carga de sus espaldas, pues la de sus brazos ya la había soltado, como he dicho. Acto seguido se soltó el pañuelo con el que traía atados sus cabellos, sacudió la cabeza y éstos volaron al viento. Eran negros cual pluma de cuervo. Con sus blancas manos, recogió entonces un poco de agua de la fuente y se lavó el rostro. ¡Y qué rostro era aquél! De un resplandor sublime que a todos cegó. Después, simplemente, se dispuso a ofrecer los exóticos bienes que en su carro traía. Y su voz era cual dulce canto para quienes la oyeran.-

Yo escuchaba las palabras de mi abuelo incapaz de proferir palabra alguna, pues creí advertir por un instante, no sé cuándo, la belleza de aquella dama y, dábame la impresión de que la hube visto en otro tiempo y en otro sitio.

Mi abuelo continuó entonces:

-La hija del mercader y el hijodalgo se hallaban aquel día en la plaza. Buscaba él un anillo, el cual pudiera ser merecedor de regalarle a su futura esposa. Pero no conseguía hallarlo por ningún lado entre todas las tiendas y puestos de la Feria. Hasta que, finalmente, el hidalgo reparó en una joven de extraña belleza y cabellos negros al viento, la cual se hallaba junto a la fuente ofreciendo exquisitos bienes traídos de tierras lejanas. Su voz era hechizante. Como movido por extrañas fuerzas, el hidalgo, tirando de su prometida, se encaminó al lugar donde aquella joven se hallaba. La miró a los ojos, de un azul relampagueante. Lleno de una extraña zozobra le preguntó a la misteriosa dama si, por ventura no tendría ella un anillo de oro, el cual fuera excepcionalmente hermoso. A lo cual la dama respondió que sí y echando mano a unas alforjas que en su carro traía, sacó de ellas un anillo de oro y topacios incrustados que, a su vez tenía unos extraños arabescos hábilmente tallados. A lo que el hidalgo, complacido, accedió a comprarle. Extrajo de su camisa un saquito con unos maravedís y se lo entregó a la dama, de forma lenta y torpe, pues no podía dejar de admirar su belleza y el infinito azul de sus ojos.-

Mi abuelo hizo una pausa breve y echó la mirada al cielo. Se estaba haciendo tarde y me dijo que debíamos volver, por lo que, sin habernos adentrado en el monte aquella tarde, retrocedimos unos pasos en dirección contraria.

Caminamos un trecho en silencio. El Sol ya no brillaba con la misma intensidad, pues en verdad se estaba haciendo tarde. Llegamos de nuevo al viejo embarcadero y mi abuelo, esta vez no se detuvo, pero habló de nuevo.

-El hidalgo y la hija del mercader se alejaron de la Feria. Él iba muy melancólico, sin razón aparente, pensando en la exótica dama que le vendió el anillo. No durmió en la noche. Movido por la desazón y un extraño deseo, salió sin hacer ruido alguno de la casa donde vivía, no sin antes tomar el anillo, por ponerlo como pretexto para ir a ver una vez más

a aquella moza extraña. Llegó al mercado envuelto en tinieblas. No se veía alma alguna en derredor. Se escuchaba el canto de los grillos y el murmullo de la fuente de la plaza. En la lejanía, pero bien perceptible, el sonido de un carro de mano que se alejaba. Lleno de agitación, el hidalgo siguió apresurado aquel sonido y, a medida que se iba acercando, pudo ver el carro y tirando de él a la bella dama, que se alejaba de la aldea, hacia el río. Él la siguió, desesperado. Ella pareció advertirlo y apretó el paso. La persiguió a través del sendero, junto al río, pasando junto a una aldea con un embarcadero, a través de una cuesta que se iba haciendo cada vez más empinada. Hasta que, junto a unos robles logró alcanzarla y ambos se miraron. Una locura infame poseyó al hidalgo. Tomó aquel anillo y se lo puso a aquella dama en uno de sus blancos, largos y delicados dedos. La asió con fuerza de los negros cabellos y juntó su boca con la de ella. Arrancó violentamente sus ropas y allí mismo la poseyó. Tras aquel acto, estalló una tormenta. Un rayo cayó en el bosque y se inició un incendio, el cual se expandió hasta una aldea cercana, devorándola por completo. Allí murieron muchas almas, entre ellas, la hija de un mercader que iba a desposarse con un hijodalgo de otra aldea cercana.-

Mi abuelo hizo una pausa. Tomó aliento y se enjugó una lágrima. Tras lo cual siguió con su relato.

-Meses después de aquella tragedia, la extraña y bella dama tornó a estas tierras. Viéronla venir a través de lo poco que quedó del bosque. Pasó junto a lo que quedó de la aldea de los pescadores, por el sendero, junto al río, hasta llegar a nuestra aldea y a la plaza. Y allí, junto a la fuente dejó un bulto con mucho mimo y se fue corriendo. Quien fue a mirarlo vio que era un niño recién nacido, el cual traía colgada una cadena en el cuello blanco y tierno. En la cadena, un anillo de oro, con arabescos y topacios incrustados.-

Mi abuelo calló. Yo miré a sus ojos azules y pregunté quién le había enseñado aquella historia, a lo que me respondió que su abuelo y a éste a su vez, el suyo. Y, a aquél el suyo también, que fue el primero.